

CONFERENCIAS



fundación para el análisis y los estudios sociales



**‘POLÍTICA Y VALORES’
PRESENTACIÓN MEMORIA DE ACTIVIDADES
FUNDACIÓN PARA EL ANÁLISIS Y LOS ESTUDIOS
SOCIALES**

José María Aznar.

**Palacio de Cristal del Retiro
(Madrid, 13 de mayo de 1994)**

Queridos patronos y colaboradores de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, querida amigas y amigos,

Nos encontramos reunidos hoy aquí para conmemorar los dos primeros años de actividad de una empresa que es a la vez intelectual, cultural y política.

Un proyecto que se inició por la convicción de que sólo está legitimado a aspirar al gobierno de su país aquél que sabe sobre qué principios se propone ejercerlo y cuáles son los valores que mediante su acción piensa difundir y defender.

Un esfuerzo forjado a partir de la convicción de que son tareas inexcusables del gobernante la comprensión de la realidad social que le ha tocado vivir y la reflexión moral en torno a la validez de los objetivos colectivos y de los métodos para alcanzarlos.

Una ambición derivada de la necesidad de disponer, por encima del ruido de fondo del episodio cotidiano, de un marco de elaboración de propuestas y soluciones concretas para la panoplia de problemas con que se enfrenta una España que, aunque entumecida y debilitada por doce años de socialismo, está obligada a salir al encuentro de las incertidumbres, los riesgos y las inmensas posibilidades del siglo XXI.

Todo esto es la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales. Con esta voluntad nació y éstos fueron los propósitos que inspiraron su puesta en marcha.

Transcurridos veinticuatro meses desde que tiene ámbito nacional, hoy puede presentar un denso balance que incluye más de setena actos organizados, repartidos entre jornadas de estudio y debate, seminarios y ciclos de conferencias, y en los que han participado varios centenares de representantes altamente cualificados de los ámbitos académico, artístico, empresarial, literario, mediático, financiero, sindical, militar y político, a lo largo y ancho de la geografía española.

Podemos, pues, sentirnos legítimamente satisfechos de lo ya realizado y del vasto campo que se abre en los días que vendrán para una institución que ha probado sobradamente su utilidad y su eficacia. Sin embargo, no es mi propósito comparecer en esta ocasión en calidad de presidente de la Fundación para entregarme, en vuestra distinguida compañía, a un ejercicio de autocomplacencia o de vanidad satisfecha, aunque otros, con mimbres mucho más delgados, tejen aparatosas operaciones de cambio del cambio, de maquillaje de lo moribundo o de renovación de lo vacuo. No he acudido a esta tribuna para dar o recibir halagos, aunque la labor realizada por quienes se ocupan de la marcha de la Fundación es digna del mejor encomio.

Si he tomado la palabra es para reiterar a la sociedad española, con motivo de la presentación de la memoria de los dos primeros cursos de actividad de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, que el futuro no es la sima cerrada y oscura hacia la que el socialismo intenta precipitarnos, arrastrándonos en su caída.

Quiero que mis conciudadanos vuelvan a oír que existe una alternativa abierta, liberal y humanista, limpia y democrática, eficaz y entusiasta, impregnada de patriotismo y desbordante de ilusiones, que pone a su disposición las ideas, las políticas, los programas y los equipos para que España recupere el pulso perdido y pueda levantar la cabeza ante Europa y ante el mundo.

Y, por supuesto, no es mi intención desgranar ante vosotros un rosario de detalles programáticos o un inventario minucioso de cuestiones relevantes en el actual panorama público español y de sus correspondientes tratamientos. Todo ese acervo está en los informes y en las publicaciones de la Fundación, constituyendo un sólido y creciente cuerpo de doctrina, que, tal como se desarrollan los acontecimientos, muy probablemente tendremos oportunidad de llevar al terreno de la práctica antes de que se cumpla el presente ciclo legislativo. Si quisiera, en cambio, en esta reunión, explicar con toda claridad algunos pilares básicos que sustentan mi pensamiento político y manifestar, sin disimulo, aquellas convicciones profundas que dan sentido a mi quehacer público, constituyendo a la vez su norte y su cauce seguro.

En una época en que el concepto corre el riesgo de ser sustituido por la imagen, la verdad por el carisma, la información por la manipulación, la argumentación por la pirotecnia verbal y la competencia por el osadía, voy a cumplir con la obligación o, si se quiere, a permitirme la excentricidad de exponer unas pocas, pero a mi entender fundamentales, ideas en las que creo, en las que creo de manera radical, serena y, a pesar de que a algunos les puede parecer sorprendente, también apasionada.

Creo, al igual que señalara von Mises, que el poder alberga la semilla del mal y que la única motivación legítima para intentar alcanzarlo radica en la voluntad de limitarlo, controlarlo y acotarlo, para que no invada la sociedad y coarte sus iniciativas espontáneas. No veo fin más noble para la política que liberar al ser humano de los efectos nefastos de la hiperpolitización de la vida colectiva.

Hay que desconfiar del poder, tal como advertía Thomas Jefferson en 1789: ‘El gobierno libre se basa en la desconfianza. Es ésta y no la confianza la que engendra constituciones que sujetan a aquellos a los que confiamos el poder’.

Al socialismo le repele todo aquello que escapa a la esfera política. No sólo no se previene ante el poder, sino que se embriaga con sus efluvios ensoberbecedores. El segundo entierro de Montesquieu responde plenamente a esta idolatría patológica del poder omnipresente e ininterrumpido.

No hay, sin embargo, tierra suficiente en el jardín de Ferraz para cubrir los huesos egregios del que escribiera en *El espíritu de las leyes*: ‘La constante experiencia demuestra que todos los hombres investidos de poder son capaces de abusar de él y de hacer valer su autoridad tanto como puedan’.

Este ansia de regulación, de intervención y de tutela de las existencias ajenas ha provocado la mayor parte de las dificultades que hoy afligen a los españoles.

El desempleo galopante, el déficit desmesurado, la metástasis normativa, el endeudamiento opresivo, el esfuerzo fiscal insostenible, la insatisfacción de los usuarios de los servicios públicos en régimen de monopolio, son otras tantas consecuencias no deseadas de una filosofía política que descansa en la dilatación incesante de la esfera del poder.

Un graffiti sobre una desconchada pared en el Berlín Este rezaba como lema para decorar una silueta de Karl Marx: 'Proletarios del mundo entero, perdonadme'. ¿Qué es lo que leeremos en las vallas socialistas de la próxima campaña electoral bajo la fotografía retocada de Felipe González? ¿Parados de larga duración, no sabéis cuanto lo siento'? o ¿'Empresarios, resistid'? o quizá: ¿'Cotizantes de la Seguridad Social, tened sentido del humor'?

El crecimiento acelerado y sin medida del sector público desde 1982 ha dejado exhausta a la sociedad española, que ha vaciado sus bolsillos para alimentar el apetito insaciable de poder del partido y los sucesivos Gobiernos socialistas.

Y es inútil, además de indignante, intentar disimular el verdadero origen de los lacerantes desequilibrios de nuestra economía y de la falta de competitividad de nuestro sistema productivo. No es con una reforma laboral tardía y parcial, ni con cuatro retoques microeconómicos a unos presupuestos desbordados como se conseguirá la salida de la recesión. Es imposible que un paquidermo, aunque se le ponga falda de tul y se le ricen las pestañas, baile *El lago de los cisnes*.

Tan sólo la aceptación valiente, aunque dolorosa, de que es indispensable reducir la proporción de nuestra riqueza nacional en manos de las administraciones, para devolver cursos a la sociedad, nos permitirá recobrar el dinamismo y la confianza.

Bajo el oscuro manto del poder socialista, España se empobrece y se envilece. Y no puede ser de otra manera, porque la razón del declive es estructural y aunque el complejo de la Moncloa estuviese habitado por arcángeles, el actual deterioro no podría ser evitado. Cuando la mano, más que visible, ostensible, del Estado, alcanza hasta el último rincón de la actividad nacional para toquetearla, dirigirla, perturbarla, orientarla y, en demasiadas ocasiones, corromperla, no es extraño que la capacidad de crear riqueza se extinga y que dejen de operar las reglas más elementales de la decencia.

Mientras tengamos un sector privado controlado por el Gobierno y un Gobierno que escapa a todo control, seguiremos abocados a la frustración y al retroceso.

Constituye un imperativo inaplazable el invertir esta tendencia perversa de continua expansión del ámbito del poder público, para reintegrar a los españoles su irrenunciable derecho a decidir, por sí mismos, en qué hospital y por qué médico desean ser atendidos, qué escuela prefieren para su hijos o qué películas quieren ver. Cuando Daniel Bell afirma que 'hay que ser adulto para ser liberal', nos recuerda que una sociedad madura, como la española, no puede ser tratada en régimen de parvulario.

Si socialismo es aquello que hacen los socialistas, es decir, si socialismo es despilfarro, ineficacia y corrupción, pues que lo hagan, pero que lo hagan ellos, y que nos dejen a los demás hacer lo que nos parezca, dentro del respeto a la ley y del cumplimiento de nuestros deberes de solidaridad.

Hemos de reconstruir grandes espacios de formación de la opinión que no estén sujetos al control directo o indirecto de la mayoría parlamentaria de turno, para que la alternancia en el poder y su crítica objetiva sean posibles y los ciudadanos no queden inermes frente a los abusos de los elegidos para gobernar.

La tentación de conformar, desde los medios de comunicación públicos o a través de Holdings multimedia teledirigidos, los puntos de vista y las tomas de decisión de los españoles ha de ser resistida y vencida mediante una legislación apropiada y la instauración de códigos de conducta escrupulosos en la relación entre la Administración y la prensa.

El saludable principio de que el Gobierno ha de atenerse a la opinión de la mayoría tan sólo tiene sentido si dicha opinión es independiente del Gobierno.

Cuando en una sesión de la Asamblea Nacional francesa Clemenceau defendió en 1891 la prohibición de una obra teatral, considerada ofensiva para la memoria de Robespierre, lo hizo con una frase a la vez terrible y reveladora: 'La Revolution est un bloc'.

Dejando aparte que escribir obras teatrales denigratorias de la figura de Robespierre debiera ser considerado una actividad socialmente benéfica, lo que se desprende de semejante trallazo jacobino es una visión amenazadora y sombría de la organización social, la misma ante la cual Tocqueville advertía que del siglo XVIII y de la Revolución salieron dos corrientes, la primera condujo a los hombres a las instituciones libres, mientras que la segunda los sometió al poder absoluto.

Este espíritu monolítico, reduccionista y totalizador aletea siniestramente todavía en la España de hoy. Cada vez que se veta la creación de una comisión de investigación parlamentaria, cada vez que se presiona a un magistrado, cada vez que se manipula un informativo de la televisión pública resuena, procedente del aula en la que Alejandro aprendiera hace veinticuatro siglos la complejidad y la simplicidad del mundo, una admonición plenamente vigente: ‘Las personas que detentan el poder supremo deben ser nombradas sólo como guardianes y sirvientes de la Ley’. Resulta estimulante para la imaginación pensar cómo hubiera sido un careo entre Eligio Hernández y Aristóteles.

Creo que la libertad es más que un valor. Creo que la libertad es el fundamento de todo valor. No puede haber justicia, ni igualdad, ni solidaridad, ni mérito, ni belleza, ni generosidad, sin libertad. Pero existe más de un concepto de libertad y estamos ante una palabra que, por encima de cualquier cosa, es utilizada en vano. Cuando se la invoca o se la exige, ¿qué es lo que se vocea o se reclama?

No es legítimo manifestarse defensor de la libertad sin explicar previamente qué se entiende como tal.

Yo entiendo por libertad, como lo entendían Locke, Stuart Mil, Tocqueville y Jovellanos, la preservación de un espacio propio para cada individuo dentro del cual puede actuar, elegir y decidir sin interferencia ni control externo alguno. La definición de este espacio, su amplitud y su contenido, puede ser objeto, y lo ha sido a lo largo de la historia, de discusión y hasta de reflexión atormentada, pero estoy firmemente convencido de que existe un mínimo irrenunciable de autonomía personal por debajo del cual ningún ser humano puede vivir de forma auténticamente humana. El establecimiento de una frontera inviolable entre lo privado y lo público me parece indispensable en una sociedad civilizada. Por supuesto, dónde se sitúe esta línea es una cuestión a examinar. Lo que es para mí indubitable es que tal divisoria debe existir y tener un trazo firme y nítido.

Sería injusto no reconocer que nuestros adversarios también creen en la libertad y que ésta les inspira en los breves intervalos de tiempo que, entre encuesta y encuesta, se dedican a pensar. Pero se trata de otra libertad. Una libertad que no es la nuestra, ni la que millones de españoles anhelan.

Ellos argumentan, y no les falta razón, que cuando un ciudadano dispone de la libertad legal de viajar, educarse, cuidar de su salud y expresar sus opiniones, carece de los medios materiales más elementales para realizar estas actividades, en realidad no es libre y que la libertad ofrecida en condiciones de penuria, destrucción y analfabetismo es un sarcasmo cruel. Se trata de una noble perspectiva, propia de espíritus elevados que se reparten con ecuanimidad y sigilo exquisitos los fondos reservados del ministerio del Interior.

Así, desde esta óptima altruista y solidaria, que abraza a todo el género humano simultáneamente por encima de enojosos detalles particulares, tales como un sistema fiscal que hace que el ahorro tenga una remuneración negativa, la auténtica libertad radica, no en la capacidad de cada uno para decidir por sí mismo, sino en la posibilidad real de acceder de forma igualitaria al bienestar material y espiritual.

Quiero manifestar con toda claridad que estos dos conceptos de libertad no son dos caras de una misma moneda, ni tan siquiera son complementarios. Tal como Isaiah Berlin ha puesto inapelablemente de relieve, responden a concepciones distintas e irreconciliables sobre la naturaleza del ser humano y sobre el armazón moral que debe sostener una sociedad edificada a partir de esa realidad auténtica del hombre y de su destino sobre la Tierra y, para muchos españoles, más allá de su contingencia temporal y física.

No puede producirse, ni aceptarse, la confusión en esta cuestión esencial. Es evidente que entre estas dos visiones de la libertad hay que llegar a un equilibrio y que constituye un imperativo político y ético de primer orden conseguir la garantía de un mínimo por el que todos los miembros de la colectividad tengan adecuadamente cubiertas sus necesidades de alimento, vivienda, salud y acceso al conocimiento.

Pero hay que saber, y saberlo muy bien, después de haber descendido a esas regiones que Ortega calificaba de ‘fondo último de uno mismo’, cuál de esas dos formas de libertad se considera prioritaria.

Quiero confesaros que yo, que abrigo, como casi todos los mortales que no pertenecen al Comité federal del PSOE, muchas dudas y perplejidades, en este punto no siento la menor vacilación ni estoy dispuesto al consenso ideológico. De la misma forma que no veo a Ulises consensuando con Polifemo, no contemplo otra opción que la supremacía de la libertad que protege a los hombres y a las mujeres de la opresión de los poderes supraindividuales. Entre la libertad 'de', (de expresión, de residencia, de asociación, de prensa, de poseer, de comprar, de vender, de creer), y la libertad 'para' (para hacer, para decir, para tener, o para saber), mi elección es rotunda. Me quedo con la preposición más corta.

Los dos rostros de la libertad no son superponibles. De hecho, han animado e impulsado dos líneas divergentes de pensamiento y de acción políticas, una de las cuales quedó traumáticamente interrumpida en noviembre de 1989. La otra, la nuestra, con aciertos y errores, flaquezas y titubeos, avances y retrocesos, sigue adelante.

Se ha dicho, y se ha dicho bien, que gobernar es elegir. Pero para gobernar hay que disponer previamente de un sistema de pensamiento y de una perspectiva ética. Y para entender cómo funcionan las sociedades humanas y para distinguir el bien del mal, también hay que elegir. Y hay que hacerlo antes de gobernar, y de forma radical y comprometida. No se pueden, no se deben ir modificando las bases conceptuales y morales que guían la tarea de gobierno a golpe de mercadotecnia.

En el terreno de los valores, resulta inevitable establecer una jerarquía. Uno de los mitos del pensamiento de izquierdas ha consistido en alimentar la esperanza de un paraíso futuro en el que todos los objetivos positivos y deseables serían simultáneos y conciliables, en el que se daría pleno cumplimiento a todos los sueños de la humanidad de forma armónica y sin contradicciones ni conflictos. Pretensión tan ingenua como vana. No se pueden aumentar a la vez la libertad y la igualdad, ni la solidaridad y la eficacia, ni la compasión y la justicia, ni la sinceridad y la buena educación. Hay que jerarquizar y decidir qué valores son los fundamentales. Y ser consciente de que al ordenar los valores se está tomando una arriesgada, pero inevitable, opción moral. Hemos aprendido, a un precio muy alto, que todos los intentos de bajar el cielo a la tierra, hacen de la tierra un infierno.

No podemos conocer el futuro, pero tenemos el deber insoslayable de tomar buena nota de los errores del pasado. A los que dijeron que necesitaban veinticinco años para cambiar España, les ha bastado la mitad de ese tiempo para malbaratar el fruto del trabajo de los españoles, destruir nuestra capacidad productiva y cubrir de lodo nuestra reputación colectiva. Estremece pensar lo que daría de sí un cuarto de siglo de 'más de lo mismo'.

No nos podemos permitir esa forma de impotencia intelectual y moral que se ha dado en llamar 'pensamiento débil', y que ha minado la fortaleza de la sociedad española, desorientado a nuestra juventud y reducido nuestro horizonte a esa sumariada anodina y frustrante que Octavio Paz ha calificado como 'adoración de las cosas'.

La verdad existe y hay que luchar por ella. No siempre es accesible, ni fácil, ni tan siquiera placentera, pero incluso cuando nos está vedada, el combate por alcanzarla puede ser en sí mismo la certidumbre perseguida.

Creo en la razón como guía del progreso social. Pero también creo que constituye una grave equivocación atribuir a la razón la capacidad de abarcar en toda su abrumadora complejidad el funcionamiento de las sociedades humanas y de diseñar por completo su futuro. La sociedad opera y evoluciona sobre la base de probabilidades y tanteos, más que sobre certezas previamente vislumbradas por una mente omnímoda. Incluso los cerebros privilegiados que han sido capaces de leer y asimilar diez mil libros no pueden prever ni una pequeña parcela de las imprevisibles consecuencias de la interacción de millones de voluntades en un marco cultural, científico y tecnológico rápidamente cambiante. Resulta sorprendente que los mismos que han presentado cinco planes generales de medidas económicas en el breve intervalo comprendido entre marzo del 92 y agosto del 93, sin que se haya cumplido uno solo de ellos, batiendo así cualquier récord previo de obsolescencia, sean tan adictos al racionalismo constructivista y planificador.

Hay que liberar a la razón de la Razón para que sea un buen instrumento de organización social y no una amenaza opresiva y deshumanizadora. Hume recomendaba ‘cercenar las pretensiones de la razón mediante el uso del análisis racional’. Intuyo que entre los famosos diez mil libros no figuraba el *Tratado sobre la naturaleza humana*.

España ha estado gobernada durante más de once años por gentes que nunca han sabido, o no han querido saber, en qué consiste el auténtico orden social, basado en el desarrollo sin trabas de los legítimos intereses individuales y en el respeto generalizado a reglas no escritas, pero profundamente enraizadas y asumidas por el conjunto de los ciudadanos. Ortega lo expresó magistralmente en uno de sus más conseguidos ensayos: 'Orden no es una presión que desde fuera se ejerce sobre la sociedad, sino un equilibrio que se suscita en su interior'. Pero tampoco *Mirabeau o el Político* debía reposar en los anaqueles de los diez mil volúmenes de marras.

La razón ejercitada de espaldas a la experiencia, o lo que es peor, en contra de la experiencia, produce efectos letales en el bienestar y en el progreso. Hemos de recuperar para los españoles la humildad intelectual, que acepta los hechos y su tozudez sin pasividad y sin irritación, que aprende de la realidad viva y dinámica avanzando gracias a su impulso. Hemos de conseguir entre todos que lo inevitable sea posible.

No nos proponemos continuar cometiendo los mismos errores en los que otros se han encallado durante más de una década. No haremos lo mismo de otra manera.

No hay vías intermedias o terceras vías entre la falsedad y la verdad. No es la libertad individual la que ha de conciliarse con la igualdad o la identidad. Son la igualdad y la identidad las que han de ser conciliadas y supeditadas a la preservación de la libertad individual.

El único problema que se presenta al género humano a la hora de configurar la evolución de su convivencia colectiva es equivocarse lo antes posible. En este sentido, los españoles, que no le podremos agradecer al socialismo ni el incremento de nuestra capacidad de generar riqueza de forma competitiva ni la elevación de nuestro listón moral, sí deberemos quedarle eternamente reconocidos por habernos mostrado con extraordinaria claridad la senda que hemos de abandonar sin perder un minuto.

No quisiera dejar de expresar mis sinceros sentimientos de condolencia de aquéllos que, militando en las filas del socialismo y ocupando altas responsabilidades, han tenido la honestidad intelectual de reconocer que no se puede aumentar a la vez la prosperidad y el déficit, que la rigidez del mercado laboral general desempleo y que el mantenimiento de un sistema de reparto para el pago de las pensiones representa la quiebra de la Seguridad Social en un plazo relativamente breve. Sin duda alguna, la percepción de la forma correcta de proceder mientras se lleva a cabo exactamente lo contrario ha de ser perturbador para la conciencia y nefasto para la placidez de las digestiones. San Agustín dejó escrito en sus *Confesiones* que en su juventud padeció el tormento de ver el bien y hacer el mal. '*Video meliora, deteriora sequor*' también podría ser la divisa del ministerio de Economía y Hacienda desde 1982. Sin embargo, tal como mostró el obispo de Hipona, la opción del arrepentimiento está siempre abierta y en esta nueva etapa de la vida española, que muy pronto vamos a iniciar, habrá un lugar reservado para los que deseen armonizar, por fin, su vida y sus conocimientos.

La tragedia del socialismo español contemporáneo no ha sido que el sistema de valores sobre el que descansa su bagaje teórico y su interpretación de la realidad haya sido pulverizado por la evidencia empírica. Sus auténticos problemas han comenzado cuando ha pretendido sustituir unos referentes éticos inservibles por la más absoluta anomia, por la ausencia total de valores y la sacralización del poder y del dinero. Todas las construcciones éticas tienen grietas y todos los códigos de conducta son transgredidos antes o después. Lo que no es posible, ni admisible, es su eliminación pura y simple para caer en el relativismo huidizo, el husmeo de los sondeos de opinión y el cinismo como norma de conducta.

La corrupción puede ser un accidente, más o menos frecuente, en una organización social o política. Lo que no entra en el campo de lo asumible es la corrupción como consecuencia necesaria, como componente intrínseco de una concepción, o lo que es todavía peor, de una falta de concepción del mundo.

Si los diez libros hubieran incluido *La democracia en América*, el socialismo español de nuestros días habría leído y quizá entendido, que 'jamás existió comunidad libre sin moral'. Todos hemos aprendido a aceptar que la acción de gobierno exige que la ética de las responsabilidades contrapesa a la ética de las convicciones.

La lección que nos queda del periodo socialista iniciado en 1982 es que la ética de las responsabilidades no puede ser administrada por irresponsables. Los errores intelectuales acaban siendo errores morales y los errores morales conducen a errores políticos.

Esa es la razón de ser de una institución como la Fundación para la Análisis y los Estudios Sociales, creada por la convicción de que, si bien el número de ignorantes cabe que sea muy grande, los que gobiernan deben autoincluirse entre ellos para intentar remediar lo remediable, estableciendo lo que Hayek denominaba ‘los límites de las zonas oscuras’.

En dos años de andadura, la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales ha nacido y madurado con sorprendente rapidez. Ante ella se abre un largo porvenir y una tarea agotadora e inagotable, en la medida que el socialismo es una tentación permanente de la condición humana. La obsesión igualitaria subsistirá mientras exista la pereza y la envidia necesite ser idealizada. La batalla de las ideas no terminará nunca, y esa evidencia, que es una buena noticia para la estabilidad de los puestos de trabajo en la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, plantea una exigencia a la que yo no me quiero sustraer y a la que continuaré dedicando todos mis esfuerzos como presidente de la Fundación, como presidente del Partido Popular y como presidente de lo que haya que presidir cuando los españoles lo decidan. Una exigencia que es para mí un imperativo moral y político: España, que ya es una sociedad democrática, ha de ser también una sociedad libre. La Fundación para Análisis y los Estudios Sociales ha trazado el vector que indica en qué dirección se encuentra este objetivo irrenunciable e inaplazable. Perseveremos en seguirla, con flexibilidad y con prudencia, pero sin que nada ni nadie nos aparte de ella.